

SUSAN GEORGE

LOS USURPADORES

CÓMO LAS EMPRESAS TRANSNACIONALES
TOMAN EL PODER

Icaria ✚ Antrazyt
ECONOMÍA

ÍNDICE

Introducción 13

- ¿Qué es lo que legitima al poder? 18
- ¿Por qué defender este modelo? 22
- La doctrina neoliberal 25
- ¿Qué se necesita para que una autoridad sea legítima? 30

I. Lobbies, megalobbies y cómo unirse a ellos 35

- Cómo funciona en Washington 35
- Nos ha costado 5.000 millones de dólares, pero hemos ganado: hacer lobbying para provocar una crisis financiera realmente espectacular 38
- La democracia paralizada: las reglas del No Durante Mi Mandato (NIMTOO, por sus siglas en inglés) 42
- Una visita a la Europa en retroceso 45
- ¿Cómo lo hacen? 48
- Megalobbies. Perdón: «Institutos» «Consejos» «Centros» y «Fundaciones» 59
- Zorros y gallinas, ovejas y lobos: un ejemplo europeo 60
- Una metamorfosis moderna: la IASB 67
- Richard Berman, Le Magnifique 73
- Los blues étlicos de la OMS 75
- El peor problema del mundo: el cambio climático 78

II. Acuerdos transnacionales: confeccionados a medida por y para las grandes corporaciones	83
Un poco de historia: los primeros pasos hacia la toma del poder	84
El comienzo de la era de los tratados comerciales que todo lo engloban	89
Los acuerdos comerciales y la geopolítica	91
¿Cómo se puso en marcha el TTIP?	
¿Quién está detrás?	93
El lema como ley	94
Corporaciones, organizaciones, proliferaciones	98
Descodifiquemos: ¿qué es exactamente el TTIP?	101
Los proveedores de contenidos	103
La oposición crece, la Comisión contraataca	104
Resolución de disputas, disolución de la democracia	109
Un dinero caído del cielo para los abogados	110
¿De dónde surgirán las disputas?: algunas posibilidades concretas	114
Alimentación y agricultura	118
Sustancias químicas	123
Fracking y gas pizarra	24
Propiedad intelectual y los gigantes farmacéuticos	126
La contraofensiva de la Unión Europea	129
¿Debo temer por los actuales estándares de la UE sobre protección al consumidor, al medio ambiente o a la salud?	130
¿Estarán los supermercados europeos llenos de carne de animales estadounidenses tratados con hormonas?	132
¿Armonizarán sus estándares la Unión Europea y Estados Unidos?	132
¿Por qué la UE incluye en el TTIP al mecanismo de Resolución de Disputas de Inversor a Estado?	133
Conclusión	136

III. ¿Cooperación regulatoria? Se avecinan más peligros	137
¿El juego de la gallina? Un caso que sienta precedente	143
El RCC no representa una «renovada preocupación por los ciudadanos»	146
Manos amigas	151
IV. De lo transnacional a lo supranacional:	
Las tropas corporativas invaden Naciones Unidas	157
Que tengáis un feliz día de los negocios	170
Arde nena, arde	176
V. Davos: ¿planificadores del futuro?	181
Conclusión	196

En el transcurso de mi vida he planteado cinco breves preguntas democráticas... [Preguntad a una persona poderosa] «¿Qué poder ha obtenido? ¿De dónde lo obtuvo? ¿En interés de quién lo ejerce? ¿Ante quién rinde cuentas? ¿Y cómo podemos desembarazarnos de usted?». Si no te puedes desembarazar de las personas que te gobiernan, no vives en un sistema democrático.

TONY BENN, 1925-2014,
Discurso de despedida al Parlamento británico, 2001

INTRODUCCIÓN

Cuanto más observas, más encuentras: masas, manadas, bandas de individuos y corporaciones que nadie ha elegido, que no rinden cuentas a nadie y cuya única motivación es el beneficio, apareciendo por doquier, determinando las políticas oficiales desde la sanidad a la alimentación y a la agricultura, desde los impuestos hasta las finanzas y el comercio. Algunos trabajan en grupos de presión (lobbies) de determinadas empresas privadas o de sectores industriales enteros, otros son ejecutivos de las mayores empresas del mundo, con frecuencia con volúmenes de ventas muy superiores al PIB de muchos de los países en los que operan; paulatinamente se han ido convirtiendo en entes cuasi gubernamentales que cooperan entre sí por encima de las fronteras nacionales.

Analizaremos aquí cómo las corporaciones trabajan para favorecer sus intereses mediante lobbies u oscuros «comités de expertos»; cuerpos *ad hoc* cuya llamada «misión» a menudo les reporta cierto tipo de estatus oficial. Sus relaciones públicas pueden ser llevadas a cabo en beneficio de una sola empresa o de todo un sector empresarial. A veces forman sus propias y poderosas organizaciones internacionales, con gigantescos presupuestos para poder intervenir en los asuntos mundiales. Se han vuelto expertas, por ejemplo, en la minuciosa preparación de estratégicos tratados comerciales para ser negociados

secretamente, pero bajo la permanente vigilancia de los delegados empresariales.

Tienen a los ciudadanos comunes bajo su pulgar, aprovechándose de ello para ignorar el interés público y el bien común. En América del Norte y en Europa especialmente, este engendro corporativo se ha convertido en la punta de lanza de un importante cambio político al que defino como el «ascenso de la autoridad ilegítima».

No estoy contra la empresa privada. Los negocios están bien en su ámbito específico. Pero el gobierno en su sentido habitual, ejercido por funcionarios claramente identificables y elegidos democráticamente, está siendo gradualmente erosionado, y a veces suplantado por «gobiernos» en la sombra a los que esos funcionarios han hecho enormes concesiones, ya sea por propia elección, porque temen a los gigantes o, si somos un poco indulgentes, porque no perciben las implicaciones de sus decisiones. En cualquier caso, han transferido a esos entes monstruosos gran parte de las decisiones que afectan a nuestras vidas.

He escogido llamar «transnacionales» o «TNC» (su acrónimo en inglés) a estos gigantescos actores corporativos, en lugar del frecuentemente utilizado término «multinacionales»; primero porque TNC es de uso oficial en Naciones Unidas, y más importante aún, porque los ejecutivos que ocupan los niveles más altos y estratégicos en las mayores empresas son habitualmente nativos del mismo país en el que están las oficinas centrales internacionales de dichas empresas. Las compañías que dirigen son «multi»-nacionales en el sentido de que tienen oficinas, ventas e instalaciones de producción en «multi»-tud de países, pero sus directivos mantienen sus conexiones familiares, sociales, políticas y culturales más relevantes en el país donde han nacido y crecido. Saben cómo operar allí, les resultará más sencillo acceder a las esferas de gobierno y perderán menos tiempo haciendo aquello que más beneficie a los intereses empresariales.

Por esta razón, la mayoría de los CEO, COO, CFO —Directores Generales, de Operaciones o Financieros— así como los miembros del Departamento de Investigación y Desarrollo y los del Comité ejecutivo, serán muy probablemente nativos del país donde están las oficinas centrales. En tal sentido, entre las mayores entidades corporativas, Nestlé es suiza, Total es francesa, General Motors es estadounidense y Siemens es alemana, independientemente de los muchos países en los que operan.

Probablemente se piense también que los nativos son potencialmente más leales, aunque para tener éxito en el mundo de los negocios, virtudes tales como el patriotismo o la lealtad se reservan exclusivamente para la empresa misma. Los altos ejecutivos no se interesan demasiado por el destino final de ninguno de los países donde la empresa tiene instalaciones, incluso el suyo propio. Si el aumento de los beneficios lo exige, no dudarán en cerrar fábricas o despedir trabajadores, sean compatriotas o no.

La globalización les ha dado alas, llevándoles a crear sus propias metaorganizaciones especializadas en un ámbito determinado, como el medio ambiente. Otros vástagos son simultáneamente «meta» —por encima de o más allá, en griego— y «mega» —grandes o poderosos— como el Foro Económico Mundial, más conocido por el nombre de la estación de esquí suiza donde se reúne anualmente: Davos. La cada vez más clara ambición del conglomerado de organizaciones de Davos puede resumirse muy fácilmente: gobernar el mundo.

Llamo «Clase Davos» a los asiduos del Foro Económico Mundial porque constituyen una verdadera clase social con todos los atributos que pueden esperarse de ella. Las personas que integran esta clase son internacionales y nómadas, pero también son una tribu reconocible por sus códigos e indicadores de su posición. Tienen su propio lenguaje, no solo su idioma nativo y el corporativo, sino que además hablan un

inglés fluido. Se forman en las mismas o similares universidades o escuelas de negocios, envían a sus hijos a las mismas o similares escuelas privadas, privilegian sus propios antros y lugares de vacaciones, poseen casas lujosas en diversas y sofisticadas ciudades de la más alta categoría, frecuentan los mismos encuentros (Davos es obligatorio), desarrollan culturas corporativas similares y, por supuesto, tienen muchísimo dinero. También son reemplazables; si la persona que conociste en Davos el año pasado no está este año, seguramente se deba a que ya no es el Presidente del Banco X ni está en la Junta Directiva de la Corporación Y. Cerca del 85 por ciento de los participantes de Davos proviene de corporaciones y bancos; gran parte del resto son políticos, más unos pocos sindicalistas, gente de ONG no conflictivas y, por una cuestión de glamour, alguna ocasional estrella de cine.

A menos, o hasta, que se demuestre lo contrario, no creo en conspiraciones. En lo que creo decididamente es en intereses; y en que los lectores están en condiciones de comprender la diferencia entre un relato paranoico de conspiraciones y una descripción, basada en hechos, del cada vez mayor poder de las corporaciones, cuyos indicios nos rodean pero que pueden ser difíciles de identificar por parte del ciudadano medio.

Estas herramientas de identificación son las que quiero proporcionar aquí.

Veamos ahora el programa de este libro. Primero, y dado que el subtítulo es «El ascenso de la autoridad ilegítima», quiero dedicar parte de esta introducción a justificar mis motivaciones y la política que espero defender mediante una descripción fundamentada de qué es lo que buscan las TNC. Como prácticamente toda mi obra, este libro trata del poder: quiénes lo detentan, cómo lo usan y con qué fines. El poder de las transnacionales se basa en una ideología, manifiesta o tácita, llamada neoliberalismo, que es en sí misma profundamente ilegítima y antidemocrática. Pretendo explicar esto con lujo de detalle y haré algunas

distinciones breves entre qué autoridad es legítima y democrática y cuál no lo es. Estas diferencias pueden parecer obvias, pero a menudo también están ocultas. Estas pocas páginas serán solo un rápido recordatorio, pues los lectores pueden ser ya bien conscientes de los principios involucrados.

En segundo término, explicaré por qué creo que la evidencia demuestra que la autoridad ilegítima está en ascenso, a la vez que la democracia se encuentra en serio riesgo de sucumbir a la enfermedad de la ideología neoliberal. Son los occidentales quienes muy especialmente viven donde esta ideología está más arraigada, siendo protagonistas de una batalla entre dos modelos de pensamiento y de conducta. Deben escoger entre la herencia de la Ilustración, desarrollada a partir del siglo XVIII, por una parte, y por la otra lo que yo denomino la Gran Regresión Neoliberal. He escrito con más detalle sobre la perniciosa expansión del neoliberalismo en libros anteriores, como *El pensamiento secuestrado* (Icaria, 2007) y *El Informe Lugano II: Esta vez, vamos a liquidar la democracia* (Deusto, 2013), por lo que esta parte será breve. Trataremos sobre estas cuestiones inmediatamente.

El resto del libro aporta ejemplos concretos sobre cómo las funciones del gobierno legítimo son paulatinamente asumidas por agentes y organizaciones ilegítimas, no elegidas y opacas; y esta lista se amplía constantemente. No podemos brindarle un tratamiento exhaustivo, pero al menos trataré de demostrar que ciertos patrones y evoluciones merecen ser tenidos en cuenta. El foco estará puesto sobre un poder que soslaya el deber de rendir cuentas, al que no se le exige que informe a nadie sobre sus actividades, y que, al resultar difícil de percibir y comprender, es también difícil de contrarrestar. Si alguna vez esperamos tener a las corporaciones dominantes bajo control, primero deberemos estar de acuerdo y convencidos de los fundamentos filosóficos y éticos sobre los que se sustentan nuestras reivindicaciones.

¿Qué es lo que legitima al poder?

En el siglo XXI, la legitimidad depende de la democracia; de otro modo, todas las demás formas de gobierno son meras variaciones sobre el tema de la opresión, ya le llamemos tiranía, autocracia, dictadura o como queráis. El concepto de poder ilegítimo, en el sentido que le daré aquí, excluye específicamente a las tiranías, las dictaduras, los estados totalitarios de partido único y similares; el libro no trata sobre los asaltos deliberados al poder político ni a quienes usurpan las normales funciones de gobierno. Se centra en describir los entes corporativos orientados al beneficio y sus diversos sirvientes y vástagos, que asumen poderes antes exclusivos de los funcionarios elegidos o de las burocracias estatales. La sutileza en el ejercicio de este poder ilegítimo y su capacidad para actuar tras las bambalinas dificultan darle un nombre, aunque podríamos llamarle «corporatocracia». Difícilmente esta tiene su origen en decisiones oficiales explícitas; su consolidación casi siempre es gradual, apenas perceptible y habitualmente no sentida como opresión o usurpación por quienes se someten a ella, consciente o inconscientemente.

Veamos algunas distinciones rápidas entre lo legítimo y democrático y lo ilegítimo y antidemocrático. Como todos los escritores y la mayoría de los lectores, sé que el lenguaje no es inocente, de ahí que me permito solicitar la indulgencia de mis lectores para quitar de en medio dos términos que aborrezco. El término gobierno, una palabra perfectamente clara que todo el mundo comprende, está siendo reemplazado cada vez más por «gobernanza», que es una manera solapada de alterar su significado.

«Gobernanza» en el inglés y francés antiguos tenían una connotación vinculada al arte de gobernar y de mantener el orden público, pero principalmente se utilizaba para designar una conducta personal: la gobernanza del comportamiento propio, de los hijos, del hogar, etc. La palabra fue adoptada

por el mundo de los negocios en la década de 1970 en la expresión «gobernanza corporativa» y no ha dejado de ganar terreno desde entonces. La Comisión Europea, para sus propios fines, utiliza «gobernanza» casi exclusivamente como sinónimo de gobierno. Pero no lo es. Como alguien ha dicho, «Gobernanza es el arte de gobernar sin gobierno», que es precisamente lo que diariamente hace la Comisión. En parte, creo yo, es un intento de eludir cuestiones espinosas como utilizar «gobierno», que durante los últimos dos siglos en Europa ha implicado la práctica de la democracia, y que actualmente se echa bastante de menos. El término es también muy útil para permitir que influencias y entidades extrañas asuman la tarea de manejar los asuntos de la Unión Europea, muy especialmente las transnacionales.

Mi segundo término aborrecido es *stakeholder*. Quienes no tienen al inglés como idioma nativo pueden ser disculpados si lo utilizan: puede que no sepan que en inglés *stake* (estaca, pero también participación o inversión) tiene siempre que ver con el dinero, la propiedad o algún tipo de apuesta. En la época de la conquista del oeste de Estados Unidos, los pioneros podían reclamar un terreno marcándolo con estacas en sus esquinas. Se decía entonces que tenían una *stake*; hoy día, como cualquier accionista, se puede comprar una participación en una empresa. Si eres un apostador en las carreras, puedes comentarle a tu vecino «Tengo una stake en aquel caballo» pues has hecho una apuesta por él, o decirle a un grupo de amigos que no quieres participar en su partida de póquer porque podrías perder mucho dinero, las *stakes* son muy altas.

Esta palabra es también un regalo de las corporaciones. Legalmente, la Ley (y los Beneficios) de una corporación sostiene que su deber fiduciario es incrementar el «valor de los accionistas». Este único requisito no contempla aquello que la empresa pueda hacer a sus trabajadores o al medio ambiente. Mientras incrementa el valor de los accionistas

y puesto que no puede ser procesada porque no hace nada ilegal, cualquier medida que la empresa tome está bien. El concepto de *stakeholder* fue inventado por el sector empresarial para complementar el concepto de accionista. Las partes implicadas de una empresa pueden ser los trabajadores, proveedores, clientes, etc.

Un *stakeholder* es alguien que tiene alguna clase de interés, sea de propiedad, comercial o financiero. Él o ella es sin duda ciudadano/a de algún sitio, pero las dos categorías no se superponen, y el término en absoluto incluye al público en general ni al estamento político. En este caso también, la Comisión Europea utiliza «stakeholder» continuamente, pretendiendo convertirlo en sinónimo de «ciudadano». Como sin duda la Comisión comprende, aunque trate de ocultarlo, un ciudadano es alguien que no solo tiene un interés material, sino también un derecho político, cívico y moral de participar en el gobierno y en los asuntos de su ciudad, país o región.

Si queréis una prueba, intentad ser un o una *stakeholder* en, por ejemplo, el tratado comercial entre Estados Unidos y la Unión Europea que posteriormente analizaremos con más detalle. No podréis siquiera dar un vistazo a los documentos, y mucho menos sentaros a la mesa de negociaciones o disponer de un canal a través del cual expresar vuestras opiniones. Los ciudadanos nacen como tales; los *stakeholders* solo lo son si quienes detentan el poder así lo quieren.

Veamos ahora una breve lista de «legitimidades» que prácticamente todos los occidentales —y muchos otros— aceptarían. Las características que distinguen al poder legítimo son: elecciones libres y limpias para designar a los funcionarios que representarán a la gente, gobierno constitucional, estado de derecho, igualdad ante la ley; separación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial; controles y evaluaciones para prevenir que cualquier sector del gobierno se vuelva demasiado poderoso; separación entre la Iglesia y el Estado.

En paralelo a estas cláusulas está la nunca completada y continuamente en expansión lista de derechos y libertades, individuales y colectivos, establecidos por primera vez en la Declaración de los Derechos Humanos de 1789 y en la Declaración de Derechos de 1791, que comprende las primeras diez enmiendas hechas a la Constitución de Estados Unidos. Estos son los fundamentos.

En ellos se explicitan conceptos tales como las libertades de opinión, de expresión, de culto, de prensa, etc. Todas estas ideas fueron en su momento consideradas revolucionarias, y sin duda lo fueron, aunque incompletas, desafortunadamente. En los tiempos de la Declaración en Francia y del Bill of Rights en Estados Unidos, la esclavitud todavía existía, las mujeres y las minorías no podían votar ni ejercer gran parte de los derechos, la censura estaba a la orden del día, etc. Pero las nociones de derechos individuales y de gobiernos libremente elegidos que están obligados a proteger y garantizar tales derechos son una parte vital de lo que conocemos como Ilustración, y un pilar igualmente vital de la autoridad legítima.

Dependiendo de cuánto tan atrás quiera uno ir, los inicios de este movimiento pueden fijarse en las postrimerías del siglo XVIII, en la invención de la imprenta en 1440, en el redescubrimiento de los clásicos durante el Renacimiento o en la Reforma protestante. Sin duda todos estos acontecimientos fueron precursores importantes, pero la mayoría considerará a la Ilustración como un logro del siglo XVIII. Sus ideólogos más importantes defendieron no solo la noción de derechos y libertades, sino también la de deberes y normas de conducta de los ciudadanos individuales, así como el concepto de bien común. De ellos proviene el famoso lema francés de *Liberté* (siempre y cuando no atentes contra la Liberté de los demás), *Egalité* (aunque en lo concerniente a la ley, no esperes la igualdad en la distribución de la propiedad) y *Fraternité* (o solidaridad, una reafirmación política de la

Regla de Oro: «Haz por los demás lo que te gustaría que ellos hicieran por ti») porque todos formamos parte de un cuerpo común y de un esfuerzo común. Estos pensadores defendieron también el pensamiento racional y el método científico en oposición al dogma y a la superstición, e inventaron conceptos completamente nuevos como el progreso colectivo y la felicidad individual; ideas radicalmente innovadoras para la época.¹

¿Por qué defender este modelo?

Creo que debemos preservar y mejorar el modelo democrático de la Ilustración, y por ello trataré de demostrar, a medida que avancemos, por qué pienso que está gravemente amenazado por el poder ilegítimo. Después del fin de la Gran Depresión y de la Segunda Guerra Mundial, daba la impresión que ya no volvería a ser necesario librar las batallas del siglo y medio anterior para ampliar la democracia y afianzar nuestros derechos. En algún sitio, los espíritus de los revolucionarios franceses y los miembros del Consejo Nacional de la Resistencia, de Franklin Roosevelt y de John Maynard Keynes velaban por nosotros. El Estado de Bienestar no era perfecto, pero era sin duda lo mejor que Occidente había visto en su historia. La descolonización avanzaba y la idea de un «desarrollo» para los países pobres generaba esperanzas en el futuro. Fue una ingenuidad. Poco a poco, durante las últimas décadas, fue tomando forma y ganando centralidad un nuevo conjunto

1. Thomas Jefferson, que escribió gran parte de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, incluyó la frase —sorprendente para la época— «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», afirmando que fue para «preservar tales valores que los hombres instituyeron el gobierno». Saint-Just, el revolucionario francés, es reconocido por declarar que «la felicidad es una nueva idea en Europa». Esta extraña y original idea estaba en el núcleo de la lucha a favor de los derechos y la emancipación, tanto colectivos como individuales.

de valores, paralelamente a muchos y profundos cambios para peor en el ámbito gubernamental.

Hoy, enfrentándose al modelo de la Ilustración, vemos una nueva ideología del egoísmo, la codicia y la crueldad: la Gran Regresión Neoliberal. Incesantemente ha ido ganando terreno, a pesar de las abrumadoras pruebas de que es pernicioso para casi todos, excepto para los extremadamente ricos, los que ocupan los peldaños más altos en la escalera corporativa y quienes se enriquecen manipulando dinero en la economía internacional de casino. Sinceramente, no creía que esta gente, este sistema pudiese emerger reforzado después del tsunami financiero que estalló en 2007-2008 y cuyas funestas consecuencias padecemos aún hoy. Pero precisamente eso fue lo que sucedió.²

El modelo neoliberal hace falsas promesas de prosperidad y empleo para todos, pero es incapaz y carece de voluntad para hacerlo. Ha sido exhaustivamente desacreditado; desacreditado intelectualmente, empíricamente y moralmente. Sus fundamentos teóricos, científicos o económicos son inexistentes, sus consecuencias prácticas son perjudiciales para la gran mayoría, y su moralidad es indefendible si uno todavía cree que la finalidad del gobierno debería ser lograr una sociedad justa, que proporcione el mayor bien posible a la mayor cantidad de gente. Pero a pesar de estos fallos manifiestos, la Gran Regresión Neoliberal ha triunfado, y continúa provocando un terrible desplazamiento de riqueza y de poder a favor de los individuos, las clases y las corporaciones que ya son los más ricos y poderosos, causando estragos en la clase media y los sectores desprotegidos. Uno de los hallazgos más recientes en este sentido es que, de los beneficios del crecimiento acontecido en Estados Unidos desde la crisis de

2. Ver las «Seis victorias» en Susan George, *El Informe Lugano II: Esta vez, vamos a liquidar la democracia*, Barcelona, Deusto, 2013.

2007-2008, el 95 por ciento ha sido acaparado por el uno por ciento de los estadounidenses.³

Las desigualdades han aumentado notablemente. En Europa, la participación en el valor económico producido en un año determinado y distribuido entre capital y trabajo ha cambiado drásticamente. En la década de 1970, en Europa, la cuota de valor (*share of value*) correspondiente al trabajo en forma de salarios era de en torno al 70 por ciento del PIB europeo. El 30 por ciento restante correspondía al capital en forma de dividendos, beneficios y rentas. Actualmente, el capital percibe al menos el 40 por ciento del PIB —en algunos países más— y la mano de obra el 60 por ciento o menos.

La antigua meta de erigir una empresa comercial sólida, saludable y duradera, bien integrada en la comunidad, ha sido sustituida por el imperativo único del «valor de las participaciones de los accionistas». Prácticamente todas las decisiones empresariales están en función de este fin, favoreciendo así el cortoplacismo, la liquidación de activos, los despidos masivos y muchas otras consecuencias negativas.

Es más, si los trabajadores hubiesen continuado percibiendo esos diez puntos del PIB, nuestras economías serían completamente diferentes. Si la distribución del valor económico fuese el mismo que en la década de 1970, esos 1,3 billones de euros extra, aproximadamente, hubiesen fluido cada año hacia la economía real, por la sencilla razón de que los salarios se destinan mayormente a la adquisición de bienes y servicios, o compras a largo plazo como viviendas. Este gasto es el que permite que nuestras economías sigan funcionando. Podríamos haber financiado las inversiones públicas en servicios que

3. Paul Krugman, «Rich Man's Recovery», *New York Times*, 12 de septiembre de 2013. De hecho, el 60 por ciento de estas ganancias las ha acaparado el 0,1 de la cúspide, es decir, aquellos con ingresos anuales de 1,9 millones de dólares o más. Los datos utilizados por Krugman provienen de Thomas Piketty y Emmanuel Saez.

favorecen el bien común, y en una transición ecológica hacia una economía con bajas o nulas emisiones de carbono.

Estas ganancias del 10 por ciento para el capital y pérdidas para el trabajo no son precisamente calderilla. Puesto que el producto económico anual europeo es de unos trece billones de euros, diez puntos menos del PIB significan que los trabajadores europeos están perdiendo ingresos por valor de 1,3 billones de euros cada año, en comparación con lo que habrían recibido sin estos cambios. La diferencia se la queda el capital. Los accionistas de las grandes empresas acostumbraban a conformarse con dividendos de un tres o un cuatro por ciento anual; ahora exigen del diez al doce por ciento y más.

Hoy, instigados por los entusiastas de la Regresión Neoliberal, nuestros gobiernos favorecen políticas cuyos resultados son un mayor desempleo y el colapso social. Los salarios de aquellos que tienen un empleo están estancados o en descenso, especialmente en la Europa meridional, pero también para un sector considerable de la clase trabajadora alemana. El desempleo juvenil ha alcanzado niveles dramáticos. Los salarios de los trabajadores ya no pueden continuar alimentando la economía, excepto para las necesidades más elementales. El capital, en cambio, es reinvertido con frecuencia para la compra de productos financieros que no generan valor social, tienen poco o nada que ver con la economía real y, como hemos visto recientemente, pueden poner a dicha economía real contra las cuerdas.

La próxima vez que alguien proclame que «la mano de obra es muy cara» preguntadle por qué nunca nadie dice lo mismo del capital; es allí donde la riqueza ha ido a parar y nunca ha reclamado una remuneración tan elevada.

La doctrina neoliberal

Las corporaciones transnacionales representan la práctica neoliberal en su más pura expresión, y es por ello que creo que

deben estar bajo control. No quiero decir reducir su tamaño o destruirlas, pero sí evitar que controlen la tarea de gobernar. Las transnacionales quieren la desregulación y estar libres de la vigilancia gubernamental en la mayor medida posible, y están redactando los instrumentos legales que se lo faciliten. Quieren unos sindicatos débiles o, a ser posible, ninguno en absoluto. Quieren apoderarse de los servicios públicos, afirmando que su privatización es deseable porque siempre la empresa privada conseguirá mejores resultados que la gestión pública en aspectos de eficiencia, calidad, disponibilidad y precio.

La doctrina corporativa sostiene que el libre comercio puede implicar inconvenientes transitorios para algunos, pero finalmente será útil a toda la población mediante el crecimiento, más y mejores empleos y una mayor riqueza. Las barreras arancelarias y no arancelarias al comercio y a las inversiones extranjeras directas deberían ser eliminadas; los inversores deberían tener garantizado el derecho de demandar al gobierno si las políticas del mismo restringen los beneficios. El comercio está sobrerregulado y las regulaciones o, como dicen los estadounidenses, los factores «irritantes para el comercio» deberían ser reducidos al mínimo y «armonizados», hacia el mínimo común denominador.

El gasto gubernamental es intrínsecamente malo (excepto si hablamos de los presupuestos para defensa y seguridad nacional) y debería ser reducido al mínimo, como parte de la reducción general del tamaño del sector público. Las deudas y los déficits de presupuesto de los gobiernos se han ido acumulando porque «hemos vivido por encima de nuestras posibilidades» y no porque hayamos tenido que pagar una colosal crisis financiera y sus consecuencias. Las deudas deben ser saldadas y los déficits reducidos tan rápido como sea posible, gracias a la imposición de medidas de austeridad sobre la población.

En Estados Unidos, Ronald Reagan fue el promotor de la creencia de que «el gobierno es el problema, no la solución»,

que hoy se ha convertido en artículo de fe entre aquellos a los que James Surowieck, periodista del *New Yorker*, ha bautizado como los «magnates plañideros». Uno de ellos comparó el establecimiento de impuestos con «la invasión de Polonia por los alemanes». También remarcan su resentimiento ante las críticas de los advenedizos de clase media o del movimiento Occupy; dos de ellos llegaron a compararlos con los «ataques nazis a los judíos».⁴

Los programas de austeridad se sustentan en estas convicciones, cada una de las cuales es fehacientemente errónea, aunque sean repetidas incansablemente. Aparte del hecho de que no funciona y que no puede crear una economía saludable, el neoliberalismo es egoísta y cruel, hasta inhumano. Esta es la razón por la que hoy día los pensionistas griegos están buscando comida en los cubos de basura, porque ya no se pueden permitir comprarla. En Estados Unidos, un republicano de Tennessee votó por la eliminación de los cupones de alimentos en términos que recuerdan los de algún severo profeta bíblico: «Quienes se nieguen a trabajar no comerán». Por supuesto, nada dijo sobre la falta de puestos de trabajo disponibles para aquellos que tratan de encontrar empleo.

En la UE se está desarrollando una intensa ofensiva contra el Estado de Bienestar y el modelo social europeo, cuya finalidad es eliminar todos los logros obtenidos por los trabajadores durante las últimas seis o siete décadas. Para los neoliberales, cada aspecto de este modelo social es aborrecible pues se basa en fijar impuestos a los ricos y a las corporaciones, los supuestos creadores de toda la riqueza, y dársela a quienes no se la merecen. Los pobres, aun los trabajadores pobres, no participan en la creación de valor, son solo gorriones. Los ricos no les deben absolutamente nada.

4. James Surowiecki, «Moaning Moguls», *The New Yorker*, 7 de julio de 2014.

Del mismo modo en que piensan que el trabajo no genera valor, los ricos consideran que su riqueza no tiene ninguna deuda con la naturaleza. Según el canon neoliberal, solo el capital, no así el trabajo ni la naturaleza, crea valor y por lo tanto empleo. Tanto los trabajadores como la naturaleza existen para el beneficio de las empresas. Solo los inversores (es decir, los accionistas) y los altos directivos son creadores de valor. De ahí que sean los principales interesados en cualquier diseño de políticas o toma de decisiones.

Pero ¿cómo puede todo esto ser así? ¿cómo pueden continuar reinando aquellas políticas que intelectual y prácticamente han demostrado ser erróneas? ¿la finalidad de una política que «funciona» sigue siendo que mejore el destino de las personas y de su entorno natural mediante el empleo, la protección social, los servicios públicos, etc.? ¿o solo es necesario que funcione enriqueciendo a las élites? ¿no nos encontramos aquí ante una religión de nuevo cuño? Los neoliberales son también teo-liberales, como en «teología». No existe ni existirá nunca una prueba científica innegable para cualquier religión. Eres creyente o no lo eres; puedes tratar de justificar tus creencias, pero no puedes demostrarlas rigurosamente. Los teo-liberales suben aun más la apuesta: aunque todas las cifras y estadísticas demuestran que la gente está cada vez peor debido a sus políticas, gracias a un envoltorio meticuloso y sagaz continúan diseminando con éxito sus ideas, muy a pesar de los resultados clamorosamente negativos.⁵

Se puede ampliar la metáfora religiosa tanto como uno quiera. Por ejemplo, los sumos sacerdotes de esta doctrina se localizan en Bruselas, los misioneros itinerantes en Davos, sus teólogos y redactores de sermones en los *think-tanks* (laborato-

5. He escrito sobre cómo lo lograron en *El pensamiento secuestrado. Cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos*, Barcelona, Icaria, 2009.

rios de ideas) de la derecha más conservadora, sus facilitadores en innumerables ministerios (gubernamentales, no ministerios religiosos), sus practicantes en las salas de junta de las grandes empresas, etcétera.

No quiero decir con esto que la democracia sea ya perfecta, y menos aun que los valores de la Ilustración hayan sido respetados y conservados. Espero que en Occidente nunca olvidemos el lado oscuro de nuestra historia. Tanto «democracia» como los «valores de la Ilustración» son utilizados aquí para representar «tipos ideales». Ese mismo mundo occidental, en el mismo período en que florecían los ideales más nobles, cometió horrores indecibles, comenzando por el Reino del Terror (La Terreur) de 1793-94. Sin duda Occidente no estuvo solo en la práctica de la esclavitud, pero fue uno de los grandes protagonistas. Las tan admiradas civilizaciones clásicas de Grecia y Roma no habrían existido sin ella, aunque también los árabes practicaron el comercio de esclavos hasta bien entrado el siglo XIX. Tampoco fueron los occidentales quienes inventaron el genocidio, ya otros habían asesinado a mansalva y las guerras religiosas se cobraron lo suyo, pero las épocas pretéritas carecían de nuestra tecnología superior y de nuestra capacidad para gestionar catástrofes como la Shoah.

Permitimos el ascenso de gobiernos fascistas y consumamos las dos guerras más sangrientas de la historia humana. Colonizamos gran parte del mundo conocido y poca atención prestamos a nuestros propios pobres y excluidos, que solo disponían de su fuerza de trabajo para ser vendida en las nuevas y brutales economías industriales. Nuestros mal concebidos remedios a los problemas sociales incluyeron la deportación a Australia de acusados por delitos menores y de deudores, o la emigración forzada al Nuevo Mundo de los empobrecidos, por más que puedan haberse convertido en buenas ideas en el largo plazo. Con la posible excepción de

la esclavitud, todos estos males continúan amenazándonos en la actualidad.⁶

La democracia siempre ha sido y será una obra en elaboración. La verdadera igualdad de derechos no ha sido aún conseguida por amplios sectores de la humanidad. Pero pese a todo esto, la democracia basada en los valores de la Ilustración continúa pareciéndome, y a millones de otras personas también, la mejor y más admirable forma de gobierno jamás experimentada. Prueba de esto es que muchos pueblos, no necesariamente occidentales, aspiran a algún tipo de gobierno basado en leyes y valores, y se han mostrado dispuestos a luchar y morir por conseguirlo.

La emancipación humana es un proceso permanente, y que este modelo merece ser preservado y mejorado donde sea, incluso en los sitios donde se originó. Es precisamente en estos sitios donde están surgiendo rápidamente nuevas amenazas a la democracia, y es sobre estas amenazas que nos centraremos a continuación.

¿Qué se necesita para que una autoridad sea legítima?

Al menos en los países occidentales, los ciudadanos tienden a creer —o al menos se aferran a la esperanza— que aún viven bajo regímenes democráticos, aunque la disminución de la participación electoral y la tendencia a lamentar que «todos los políticos son iguales, deshonestos e inútiles» sugiera que muchos hayan renunciado enteramente a la democracia. De pasada, diría que tal vez el diez por ciento de los lampistas o

6. Las políticas de austeridad han proporcionado un terreno fértil para el ascenso de la extrema derecha y, a veces, de movimientos fascistas (por ejemplo, Amanecer Dorado en Grecia); el político holandés Geert Wilders ha defendido específicamente la expulsión de los marroquíes; Estados Unidos tiene la tasa más alta de prisioneros por cada 100.000 habitantes de todos los países de la OCDE, incluyendo un gran número de acusados por delitos menores por drogas, habitualmente afroamericanos o latinos.

de los profesores tampoco es demasiado bueno, y que los políticos no tienen por qué ser una excepción. Muchos de ellos probablemente estén tratando de hacerlo lo mejor posible, pero no hay duda de que están cediendo cada vez más ante la autoridad ilegítima, conscientemente o no.

Pero ¿qué busca la autoridad ilegítima? Primero, y tal vez paradójicamente, pretende establecer un nuevo tipo de legitimidad para el sistema alternativo que está imponiendo. Segundo, intenta utilizar esa pseudolegitimidad con la intención de eliminar los servicios públicos, el interés general y el bien común, y así incrementar los beneficios de las corporaciones e imponer reglas que favorezcan el monopolio de la riqueza, a la vez que se proscribe cualquier forma de propiedad ciudadana, común, incluyendo la protección de la ciudadanía.

Un amplio espectro de oscuros personajes no elegidos está promoviendo los valores y las doctrinas neoliberales, incidiendo en las decisiones gubernamentales y oponiéndose a la democracia. En las páginas siguientes iniciaremos nuestro análisis con los mejor conocidos y más tradicionales: los lobbies o grupos de presión, protagonistas habituales desde los márgenes del gobierno durante los pasados dos siglos. Luego continuaremos con los megalobbies, especializados en defender intereses sectoriales mediante «fundaciones» o «consejos» difíciles de identificar, supuestamente sin fines de lucro, pero al servicio de las necesidades de las corporaciones.

Algunos entes semioficiales se centran en favorecer los intereses empresariales. Tomemos, por ejemplo, la Junta de Normas Internacionales de Contabilidad (IASB, por sus siglas en inglés) sin duda desconocida para prácticamente cualquier ciudadano europeo, aunque sus reglas condicionan los impuestos que un gobierno puede recaudar. Este grupo comenzó de manera informal, para luego ir convirtiéndose discretamente en una agencia oficial que ahora establece las reglas para 66 países miembro, incluyendo a todos los europeos. La IASB logró su

estatus de agencia oficial gracias a los esfuerzos de un único, ultraliberal y no electo Comisionado de la UE.

Quizás el comportamiento corporativo más agresivo y peligroso es la absorción de los gobiernos y la eliminación de las protecciones ciudadanas básicas mediante los llamados acuerdos de libre comercio. En julio de 2013 se iniciaron las negociaciones sobre el Acuerdo Transatlántico para el Comercio y la Inversión (conocido por el acrónimo en inglés TTIP). De ser ratificado, este acuerdo establecerá gran parte de las reglas que rigen sobre cerca del 40 por ciento del PIB mundial —Estados Unidos más Europa— y que ha estado en preparación desde 1995 bajo el liderazgo de las más importantes transnacionales de ambos márgenes del Atlántico. Los capítulos relacionados con las inversiones asegurarán poderes sin precedentes a las empresas para presentar cargos legales contra los gobiernos ante tribunales de arbitraje privados, especialmente si la empresa considera que sus beneficios presentes o futuros están amenazados por una decisión gubernamental. También veremos cómo el ejecutivo europeo está cooperando con las empresas transnacionales para eliminar cualquier regulación que estas quieran sacarse de encima.

Hay también una dimensión internacional en este golpe de estado empresarial. Como si no fuese suficiente con la infiltración en las funciones estatales, tanto ejecutivas y legislativas como judiciales, por parte de las corporaciones transnacionales, ahora también las Naciones Unidas son su objetivo. Su penetración en las NN UU no se hizo de modo furtivo, sino que fueron invitadas a entrar por la puerta grande por el entonces Secretario General del organismo. Este instrumento es conocido como Pacto Mundial (UNGC por sus siglas en inglés) y es un perfecto ejemplo de las ambiciones para gobernar el mundo de la que en otro sitio he denominado la Clase Davos. El Foro Económico Mundial, o Foro de Davos, está desarrollando un plan centrado en todo aquello que considera mal gestionado

por los gobiernos o las instituciones intergubernamentales, desde las finanzas hasta la ley del mar. La visión del Foro de Davos es que en muchas áreas los gobiernos deberían ser reemplazados por los mucho más competentes organismos de «múltiples sectores implicados» («multi-*stakeholders*»), incluyendo un destacado papel para el sector de los negocios. El ente autoelegido para gestionar semejante sustitución es el mismo «Davos», y su agresivamente titulado programa lleva el nombre de Iniciativa para el Rediseño Global, ni más ni menos. Un triunfo de la modestia y la humildad, podríamos decir.

No es solo su tamaño ni su enorme riqueza y sus activos lo que convierte a las transnacionales en un peligro para la democracia. También lo son su concentración y su cohesión, su cooperación y su capacidad para influir, infiltrar y en algunos casos reemplazar gobiernos. Están actuando como una genuina autoridad internacional con el fin de defender sus intereses comerciales, su poder y sus beneficios en contra del bien común. Comparten un mismo lenguaje, una ideología común e idénticas ambiciones, que nos afectan a todos. Los ciudadanos que valoran la democracia no pueden permitirse ignorar este peligro.

